

de esos tendales de Dios;
 y habríais visto, al pasar,
 como yo, por todos lados,
 de inanición tiritar
 y de fiebre los soldados;
 y dando cara a este breve
 paraíso, cuando viérais
 que aquí se ríe y se bebe,
 también como yo os dijérais;
 «aquí abundancia, allá ruina;
 «aquí ancha vida, allá estrecha;
 «pues si éstos prenden la mecha,
 «¿cómo no estalla la mina?»

CÁDIZ

Yo os daré la explicación:
 nos halláis bebiendo aquí
 para festejar la acción
 de un hidalgo...

GONZALO

(Interrumpiéndole,)

Yo bebí,
 señor, por otra razón.

NAVARRO

Si es la razón de la espada,
 no se hace bueno lo malo
 con ella.

GONZALO

Es otra; y sobrada.

NAVARRO

Decidla, alférez Gonzalo. Apdo. 1625 MONTERREY, PUEBLO

GONZALO

¡Capitán, si no os enfada!

*(Suenan los atabales del
 principio, por la parte de los
 tendales y se nota movimien-
 to de este lado.)*

— Pero ya no es ocasión
 de hablar.

(A su criado.)

¡Más vino!

32847

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"

(A Navarro.)

Y entiendo
que ahora es cuando vos, bebiendo,
váis a darnos la razón.

VILLENA

(Volviendo por el mismo
sitio de antes y tomando
asiento entre los otros capi-
tanes.)

¡Sidi Hyaya! Han concluído
sus pláticas y aquí llega
para darnos su despido,
volviendo a cruzar la vega.

GONZALO

¡Pues venga y verá, al llegar,
bajo nuestros estandartes,
mantenerse y reventar
la holgura por todas partes!
En parador de tambores,
verá que saltan las copas;
verá, por Castilla, tropas
de soldados bebedores;

mocedad horra, en los daños
de la fiebre y las batallas,
con provisión y vituallas
para un cerco de tres años.

(A su criado, otra vez.)

Trae vino, si todavía
queda vino; y cuando no,
por no decir que acabó,
suéltanos una sangría;
que antes que mostrar las penas
y la miseria en que estamos,
¡quiero yo que nos bebamos
la sangre de nuestras venas!

(Tomando el jarro para
servir por sí mismo.)

¡A vos, Rodrigo! ¡y a ti,
mi hermano! ¡y a ti, Gaytán!

(A Navarro.)

¿vos no queréis?

NAVARRO

(A su pesar, comprendien-
do y presentando una copa.)

Ahora, sí:
¡tenéis razón, capitán!

(Crecen la animación y la bulla; tomando su copa, dice Gonzalo.)

GONZALO

— De mi castillo en Montilla
los pies de gigante anegan
sus viñedos, que le llegan
a mitad de la rodilla.
Señor marqués gaditano,
Montilla es éste; y pues hoy
peligra el campo cristiano,
¡choquemos, que a brindar voy
con mi castillo en la mano!

(Precedido de algunos caballeros y hombres de armas llega Sidi Hyaya por la parte de los tendales.)

SIDI HYAYA

¡Alah os guarde, aunque bien veo
que sabéis guardaros bien!

CÁDIZ

Nos damos el parabién,
ya que prosigue el torneo.

SIDI

No está el sitiador tan mal
como se dice en la plaza.

GONZALO

Pues, de ser malo el Real,
¡ya estuviéramos en Baza!
— sírvele vino al Cadí —
Nos lo acaban de traer
dos recuas; y debe ser
que nos le traen para ti.
Bebe. . .

SIDI

Lo veda el Korán.

GONZALO

Por cortesía. . .

SIDI

Eso sí.

(Bebe, mojando apenas los labios.)

GONZALO

— Haz que separen, Gaytán,
dos cargas para el Cadí.

SIDI

Se te agradece.

GONZALO

No tal,
porque hay egoísmo en eso;
que están llenas con exceso
las bodegas del Real
y con tantas libaciones
van ébrios nuestros soldados;
tú les verás, a montones,
por los suelos derribados.

SIDI

(*Con ironía, al de Cádiz.*)

Maravíllome del modo
cómo podéis, capitán,
avituallaros de todo,

cuando esas sendas están
intransitables de lodo.

CÁDIZ

Milagros son de la mano
que, desde lejos, nos cuida.

SIDI

Mucho le debéis, cristiano.

GONZALO

Tanto, que es poco una vida.

SIDI

¿Y os guarda siempre?

GONZALO

Y es tal
que cuando un cerco anda mal,
para templar sus rigores,
cabalga y viene al real.

SIDI

¿Pues quién es?

GONZALO

— ¡En pie, señores!

(Lo hacen todos, con solemnidad.)

La Reina.

(Volviendo a acomodarse.)

Ya está entendido
por qué, siendo tal la estrella,
su influjo tan grande ha sido:
¿milagros?, no; te han mentido;
¡nonadas son, para ella!

SIDI

Yo la vi, un día,

GONZALO

Tú ves
mal, si no cegaste luego.

SIDI

Tú me lo dirás, después
de saber si quedé ciego.

GONZALO

¿Qué?

SIDI

Fué en Ronda; hacía alarde
por ella, el campo cristiano;
yo estaba en Ronda; a la tarde
caía Ronda en su mano.
No fuí bueno para entrar,
de que la vi, en mi coraza;
me estuve a verla pasar,
quieto, a la entrada, en la plaza.
Traía la sien tocada
de unos moriscos crespones;
túnica blanca, bordada
de castillos y leones;
el cetro en la mano breve
y unos rizos que, al abrigo
de las tocas, en la nieve,
ponían manchas de trigo.
Regía blanca montura
con palafrén de mujer;
miróme, al pasar, sin ver,
desde su cabalgadura

y un viejo, medio santón,
descendiente de profetas,
viólo y dijo: «el corazón
te pasaron dos saetas,
moro de Ronda; y trabajo
con ellas vas a pasar:
probando fuiste a parar
a lo más hondo del tajo»...

— Le he dicho al Rey que jamás,
yo vivo, le rendiría
mi ciudad; pues digo más,
porque muerto, todavía
la guardaré. Mis sabuesos
se irán, de sus cerraduras
a cegar las hendiduras
con el polvo de mis huesos.
Astuto es vuestro Señor,
cristianos, y el más dichoso
de los hombres en su amor;
yo soy astuto y celoso.
Tigre a tigre, en la partida
que hemos jugado los dos,
puso él su ceño y su Dios;
yo, el corazón y la vida.
¡Le aborrezco!

(Exaltado y enardecido intenta seguir su camino hacia la vega.)

Abridme paso,
que se enconan mis heridas
viendo estas cifras unidas
lanzarme insultos de raso
y entre él y yo no hay cuartel,
que el odio es santo en mi raza:
¡a Baza torno y en Baza
nos las tendremos yo y él!

— Decidle que en la batalla
quiero dejarle escalar
las crestas de la muralla
donde, cuando rompa a hablar,
con mi daga le responda,
¡sólo porque él es marido
de la mujer, que me ha herido
con dos saetas, en Ronda!

GONZALO

¡Basta!

SIDI

¿Quién grita?

GONZALO

¡Mejor
que en Baza se riñe aquí!

SIDI

¿Es a mí, cristiano?

GONZALO

¡A tí!

SIDI

¿Cómo me ofendes, traidor?

GONZALO

(Avanzando un paso.)

¿Cómo estás ébrio, Cadi?

CÁDIZ

(A Gonzalo.)

¿Qué intentas?

GONZALO

¡Matarle!

CÁDIZ

¿Y es

para tuyo, desacato
tamaño, ante mí?

GONZALO

Marqués,
de ello hablaremos después;
pero, primero, le mato.

(A Sidi Hyaya.)

— Ni en Ronda pudiste ver
lo que ciega porque es llama;
ni nombrándola mujer
se te alcanza de la dama;
ni la Reina de Castilla
se inclina, para mirar
las ortigas que al pasar
ponen veneno en su silla;
ni tolero tu querella

porque estés medio beodo,
¡ni con tu lengua de lodo
volverás a hablarnos de ella!

(Desnuda su espada.)

Esto dice este renglón
de fuego vivo; es razón
que lo borres, si te atreves;
mas para borrarlo, ¡debes
vaciarle el corazón!

*(Cuando van a venir a las
manos, suena un griterío que
progresivamente se va apro-
ximando; los hombres del
Real se acercan al fondo ob-
servando; Gonzalo y Sidi
Hyaya permanecen frente a
frente hasta que Gonzalo
ataca.)*

VOCES

¡Por Isabel el Real!

SIDI

(A Gonzalo.)

¡Esperad!

NAVARRO

¿Saltó la mina?

AGUILAR

(Con ansiedad.)

¿Qué es, Gaytán?

GAYTÁN

Si no vi mal...

¡la Reina, que se avecina!

*(Tumulto en la escena don-
de todos pretenden separar
a los combatientes.)*

GONZALO

(Atacando.)

Pues para que no la ofenda
ni una mirada en tus ojos
¡cubra tus párpados rojos
la sangre, como una venda!

VOCES

(Casi en escena.)

¡La Reina! ¡La Reina!